

Cecilio Chi': novela histórica y testimonial

*J*avier Gómez Navarrete, escritor y poeta de raíz maya yucateca, radica en Chetumal, Quintana Roo, desde hace veinticinco años. Como historiador y narrador, como instructor de la lengua maya, ha orientado su existencia hacia la creación de una literatura de entonación oral, con gusto de conseja y proverbio popular, que viene iluminando zonas recónditas de nuestro inconsciente colectivo: la memoria de la sangre, la antigua voz –preñada de signos, augurios y enseñanzas– del alma indígena mesoamericana.

Es esa “voz antigua”, la de un sabio Balam, la de un patriarca o sacerdote maya, la que alienta y enciende la escritura de este relato heroico, de esta epopeya en prosa, de esta novela de tema histórico con rango de documento poético, de testimonio repartido en voces (las del héroe y los caudillos, las de la comunidad, la voz coral de hombres y mujeres del pueblo...)

Las enseñanzas que han dejado los años centrales del siglo XIX en la historia del sureste mexicano –los comienzos de la llamada guerra de castas– conforman hoy nuestra visión y conciencia de la aventura humana en estos días cibernéticos que vivimos, días de dominio tecnológico por parte de los poderes globalizadores de una economía mundial que ahoga los antiguos valores de la lucha por la dignidad, la libertad y la justicia.

Lo que resalta en la lectura del pensamiento, las acciones, pasión y muerte de Cecilio Chi', caudillo insurgente de los mayas, héroe atávico, escudo y bandera de los pueblos indígenas de Centroamérica, es la presencia irradiante, armoniosa, de noble dicción y tono, de elevado lirismo, de una voz antigua, telúrica, patriarcal y sabia que relata los hechos, describe el paisaje, dibuja caracteres y sentimientos, recobra sentencias y cantares





del pueblo, presenta enigmas y misterios, y toca reinos olvidados de nuestro ser. Con esa voz está entretejida la urdimbre mágica de la fábula heroica, de la gesta histórica que hace posible la vida de la comunidad maya actual.

Para acercarnos a la condición y naturaleza de esta "Voz Narrativa" que conduce la acción, la trama y la lección socio-cultural, política y poética de *Cecilio Chi*, novela histórica y testimonial, citaré el juicio del sabio "Batab" Ermilo Abreu Gómez respecto a la proverbial *Tierra del faisán y del venado* de Antonio Mediz Bolio: "Es un libro pensado en maya y escrito en español". La novela está soñada en el maya clásico peninsular, "hablada" y escrita en un español coloquial, mestizo, chispeante de ingenio y vivacidad, con las palabras que oímos todos los días de los labios del pueblo.

Domina el relato una atmósfera sagrada; la premonición, el augurio, el vaticinio se establecen desde el nacimiento del héroe. El padre dice: "Le pondré Cecilio... Ajá, que cante hasta su muerte y después de ella para convertirse en la boca de sus antepasados; desde su garganta saldrán elogios, discursos, oraciones pidiéndoles a los dioses mucho bien para distribuirlo por igual a todos los mayas".

El tono de conseja, de fábula, de parábola y apólogo, que recrea hechos históricos desprendidos de la leyenda y de los mitos milenarios, nos hace sentir que lo que se lee no es igual a lo que se oye. La voz es anterior a la escritura y al signo, y el cronista habla, en ocasiones, con el dolor y la angustia del poeta indio. Rememora sucesos de la primera etapa de la conquista en Yucatán: "Por mandato de Diego de Landa, provincial de la orden de franciscanos, en Máani, se llevó a cabo un auto de fe para combatir la idolatría indígena [...] A algunos condenados se les quemó la espalda con cera hirviendo; con tenazas les arrancaron tendones y piel [...] los que intentaron huir fueron abatidos por los arcabuceros. Una pira gigantesca consumió los cuerpos, miles de figurillas de barro, veintisiete códices, altares, dinteles, jambas y estelas. Ante el asombro general irrumpió Nachi Cocoom, caudillo de Sotuta, con los puños crispados: -No podrán quemar mis palabras, ni hacer ceniza nuestra memoria. Pronto cosecharán las púas que han sembrado".

Esta novela histórica, basada en datos y cronología fidedignos, en fuentes documentales sólidas, reúne e interpreta, dentro de la recreación novelesca, los antecedentes de esa conflagración indígena conocida como "guerra de castas" que estremeció, a partir de los años 1847 y 48, las poblaciones de Yucatán, Campeche y lo que hoy es el estado de Quintana Roo, y que para algunos historiadores se prolongó hasta la década de los años treinta del siglo XX.

La narración nos informa de la participación de los caudillos Manuel Antonio Ay, Jacinto Pat, Cecilio Chi' y otros caudillos en las batallas de resistencia a las huestes de Santa Anna que intentaron someter la insurgencia del pueblo peninsular contra el despotismo centralista. Como bien sabe-

mos, las batallas por el centralismo las han ganado tanto el antiguo como el nuevo liberalismo, decretados por el Supremo Gobierno de la Nación Mexicana. Pero algunas púas y espinas agrarias, muy vivas y encendidas, han renacido en los dos lustros recientes en la región de Chiapas. El mestizo insurgente Marcos habla, a su vez, con las antiguas voces de los patriarcas y los caudillos indios.

En la novela de Gómez Navarrete se recopilan documentos y testimonios, reales o inventados, para expresar la ideología y las visiones políticas de los protagonistas. Como hicieran los historiadores clásicos con los discursos de los héroes, encontramos aquí exordios que recuerdan, digamos, la famosa arenga de Pericles al pueblo ateniense exaltando a los guerreros caídos en combate, recogida por Tucídides.

Como desprendida de una estrofa de la inmortal epopeya homérica, la voz antigua de la novela relata: "La noche en manos del viento desató su cabellera y la embarcación hizo proa a la bahía de Chactemal".

Como en el *Popol Vuh*, el sagrado Libro del Consejo en la cultura maya, abundan los episodios cómicos que surgen cuando los traviosos "aluxes" o los vivaces habitantes de la selva tropical, intervienen en los asuntos o empresas de los hombres.

Los monos chilladores del monte, emboscados en la floresta y desde la copa de los árboles, disparan una andanada de frutos maduros, chorreantes de pulpas dulzonas, a la caravana de mayas insurrectos; uno de ellos exclama: "¡Malditos monos, hijos de la changada! ¿Por qué no zapotean a su abuela?".

Después del capítulo 29, en el que describe la elección del caudillo de la insurgencia, Cecilio Chi', como bandera y cabeza de la causa indígena, el Narrador y los sucesos se instalan en el ritmo de la crónica histórica; se relata acciones militares; se describe las crueldades y excesos de ambos mandos, las traiciones, las pugnas internas por el poder y el mando, la ambición del dinero, la codicia por la posesión de una mujer, Rosa, la hembra de Cecilio Chi'; pero también el sacrificio de los combatientes por sus ideales, las ofrendas rituales, las ceremonias propiciatorias para alcanzar la protección de los dioses. De pronto resplandece una elevada reflexión teológica y aun cosmogónica: "Qué sería de los dioses sin un maya para adorarlos. La hiedra de la tristeza estrangularía sus corazones, la niebla del olvido les borraría sus divinos rostros y sobrevendría la muerte de los dioses mayas, ya que sólo nosotros los alimentamos con nuestra fe".

Destaca un certero apunte psicológico que el gobernador de Yucatán, Miguel Barbachano Tarrazo, recaba, para poder vencer al enemigo, conocer sus debilidades, y así aplastarlo: "Ese maldito Cecilio es un tigre encarnizado por su juventud y fortaleza, su agilidad y temperamento, su conocimiento sobre el medio geográfico y su astucia para la emboscada, su crueldad, firmeza y obstinación en la lucha, aunada a su pasión por las mujeres jóvenes y bellas".

Esa pasión por la belleza del cuerpo femenino, por la sensualidad y los tormentos –la tormenta– del deseo y los sentidos, es la que lleva al héroe a su aniquilamiento, a su destrucción, al cumplimiento de su destino bajo el doble signo del ardor bélico, del impulso guerrero... y de la expiación de sus culpas a través de un homicidio pasional, ya que muere bajo el golpe de feroces machetazos que le descarga su colaborador Atanasio Flores, impulsando éste por la ira, la envidia, la codicia por la mujer, la locura amorosa y la traición.

Unas páginas antes de mostrarnos este terrible desenlace, el Narrador, la voz sabia y antigua que entrega los misterios y devela los enigmas, rescata un poema, un cantarcillo galante del héroe, pues también es poeta, dedicado a la casquivana Rosa, su infiel compañera, su amada:

Eres viento, yo soy fuego,
eres tierra, yo soy lluvia,
soy jaguar, tú eres luna;
soy colibrí, eres flor.
Al sur de tu ombligo
vuelco trinos de colores
sobre tu vientre de ocarina.

La muerte del traidor Atanasio Flores es tan violenta como la del caudillo maya. Consumado el horrendo homicidio, Atanasio, en un delirio agónico, sostenido por fuerzas demoníacas, se apodera de las escopetas destinadas a la guerrilla sagrada y mata a siete combatientes indios. Pero una descarga cerrada acaba con la vida de este fraticida. La descripción de su muerte es descarnada, objetiva, periodística, de nota roja podría decirse: "Atanasio cayó desfigurado. Cuando la puerta fue arrancada los rostros pálidos por las injurias escupían rabia, y los machetes tintineaban al picotear el cadáver sanguinolento".

A manera de epílogo, la voz patriarcal y sabia que desplegó los sucesos y animó los seres que pueblan la novela, eleva, encarnada en la sagrada Cruz de la población de Tepic –cuna y sepultura de Cecilio Chi'–; cruz legendaria y precursora de la emblemática Cruz Parlante de Chan Santa Cruz; eleva, decíamos, a manera de advertencia y profecía ante la conciencia del lector, una plegaria que vale tanto como oración religiosa que como intensa elegía: "Yo soy la Cruz Árbol, la Cruz Piedra, La verdadera Cruz Maya de Palenque y de Xocen. Soy verde como la Ceiba Madre, como el maizal, el quetzal y el jade. Quiero que sepas que el cuerpo de mi amado hijo Cecilio se ha transformado en tierra, resina y vaho que cabalga en las jorobas del mar, en el viento que se desgaja, en la huella del agua, en la sombra del movimiento, en la piedra de la claridad... Soy Cruz Árbol, Aliento de Mayanidad, memoria recuperada y curtida en la piel del dolor y la esperanza".

Y sabemos entonces que en el devenir de los pueblos y naciones, en la marcha dialéctica de la Historia, el destino no lo dictan los dioses ni los hombres. Que el Destino es la voluntad de la Tierra. LC



Javier Gómez Navarrete. *Cecilio Chi'*, México, Instituto Quintanarroense de la Cultura. 2003. 183 pp.